

## FIESTA DE LA VIRGEN DEL PUERTO. OCTAVA DE PASCUA

Queridos hermanos y hermanas

Es hermoso celebrar la fiesta de la Virgen, Nuestra Señora del Puerto (y más en este año jubilar, año de júbilo), en plena octava de Pascua, mientras celebramos la Resurrección del Señor, pues es siempre una oportunidad genial para revivir y hacer nuestra aquella experiencia única de los discípulos del Señor junto a María, en la que pasaron de la noche más oscura a la luz más plena, del miedo y de la desesperanza al abandono confiado en manos del Padre; aquella experiencia en la que las lágrimas de dolor de María al pie de la cruz se transformaron en lágrimas de emoción y alegría.

En este segundo domingo de Pascua, domingo de la divina misericordia, el evangelio nos relata dos encuentros del Resucitado con sus discípulos. En el primero, falta Tomás. Fue un encuentro importante: saludo de paz que calma los temores y sana las heridas, envió misionero, don del Espíritu.

A veces suele pasar desapercibido que, también en este primer encuentro, Jesús muestra las heridas de sus manos y de su costado. Jesús sabía que sus discípulos estaban heridos por dentro, tristes y rotos por la ausencia, por el drama vivido, a la vez que se sentían culpables por haberlo abandonado, y les mostró sus propias llagas. Quien ha amado tanto, hasta dar la vida ¿cómo no va a perdonarlo todo? En ese momento comenzó la resurrección de los discípulos. Se descubrieron tremendamente amados, perdonados, valiosos. Se sintieron vivos.

Fue tan importante este encuentro que podemos jugar un poquito con la imaginación y pensar que Jesús echó en falta a Tomás (cosas del amor y de la amistad fiel). Tomás era el discípulo que Jesús eligió sabiendo que le costaría creer, que de crédulo no tenía nada, y eso, en cierta manera, también es un valor. Los que creemos en Cristo somos creyentes, no crédulos, ni supersticiosos.

Jesús, por tanto, regresó; de nuevo se puso «en medio» de ellos y repitió el mismo saludo: «Paz a vosotros». La resurrección de Tomás comenzó también en ese momento. Una vez más, Jesús muestra sus llagas y se las da a tocar a Tomás. Al tocarlas, el apóstol descubrió lo que Jesús había sufrido por él, lo que lo había amado. En palabras del papa Francisco: “En esas heridas tocó con sus propias manos la cercanía amorosa de Dios. Y, de hecho, no solo creyó en su resurrección, sino

también en el amor infinito de Dios. E hizo la confesión de fe más sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!»”.

Pongamos nuestras vidas en sus llagas, dejémonos amar y sanar por aquel que se ha entregado hasta el don total de sí por nosotros (a esta experiencia apunta el año jubilar), abandonémonos a su divina misericordia, y reconozcámoslo en todo cuerpo llagado.

Es en las llagas, en el rostro de todo hombre y mujer sufriente, donde estamos llamados a reconocer al Señor Resucitado. Por eso, no nos acostumbremos al dolor de nuestros hermanos. Seamos portadores de la paz del Resucitado, constructores de fraternidad, de una sociedad más justa y humana. El camino para la verdadera vida es la misericordia, sanar las heridas de nuestros hermanos. No tengamos miedo a portar por amor a los demás las llagas de Cristo en nuestro propio cuerpo. No tengamos miedo de las consecuencias de lo que significa amar. Merece la pena.

María nos sostiene en este empeño. Aquí quiso que se construyera su santuario, cuyo tercer centenario celebramos. Suele ir unido a los encuentros con María el construir una iglesia, un templo, expresión de una petición mayor: construir Iglesia, familia, comunidad. La primera lectura, al describir el ideal de los primeros cristianos, nos da las claves: vivían unidos, compartían, oraban juntos, celebraban la Eucaristía, y con su forma de ser y actuar eran testimonio bueno para los que los veían. Podemos decir, en este domingo de la divina misericordia, que su vida era transparencia viva de la misericordia de Jesús.

Ntra. Sra. del Puerto es Madre de la Misericordia y Madre misericordiosa. Difícilmente se puede comprender Plasencia sin ella. Nos acoge siempre, ya acudamos a ella con lágrimas en los ojos o con el rostro exultante de gozo. Y nos da una identidad, que nos vincula con lazos de hermandad y nos permite sentirnos parte de una gran familia, para, de esta manera, cuidar unos de otros, de nuestra ciudad, de sus raíces, de su fe... Atendiendo a su solicitud de madre por los hijos más vulnerables y desfavorecidos, hermanos nuestros, como compromiso jubilar hemos asumido la rehabilitación del comedor social de Cáritas de la calle Trujillo, con una proyección social prevista mucho mayor de lo ofrecido hasta ahora, y que os explicarán más tarde. Os ruego, por favor, la implicación de todos en este proyecto.

Queridos hermanos, mientras nos sostenga esa mirada tierna de la Virgen del Puerto, Plasencia no estará huérfana, ninguno de nosotros estaremos huérfanos. No nos cansemos de darle gracias, de suplicarle, de hacer fiesta.